



LAS COPLAS DE FULGENCIA MONREAL

NORMAS DE PUBLICACIÓN

La revista TESELA es una producción del Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan cuyo objetivo es recoger trabajos referidos a los aspectos de estudio, investigación y creación que se puedan presentar con el denominador común de Alcázar de San Juan y de acuerdo a las siguientes normas:

1. En sus páginas se publicarán los trabajos presentados a tal efecto que estudie su Consejo de Redacción.
2. Los trabajos serán generalmente inéditos. También se podrán presentar trabajos no inéditos que se hayan difundido en canales ajenos a la ciudad.
3. En el caso de trabajos de estudios o investigación, tendrán un enfoque científico (presentación de la hipótesis, examen crítico, estado de la cuestión y apoyo bibliográfico y documental).
4. La extensión máxima de los trabajos será de 20 folios, se presentarán escritos a doble espacio por una cara en Times New Roman a tamaño 12 y se acompañarán con un soporte informático donde estará almacenado en formato Word.
5. En el caso de haber ilustraciones serán siempre en dibujo de línea, presentándolas cada una de ellas como archivos independientes a parte de tenerlas colocadas en su lugar correspondiente y con su pie dentro del documento Word citado en el punto 4.
7. Los autores de los trabajos seleccionados para publicar en esta revista harán la primera corrección de las pruebas de composición.
8. Los autores que presenten trabajos para su publicación aceptarán las condiciones de estas normas y entregarán sus trabajos de manera gratuita, percibiendo como derechos de autor 30 ejemplares.
9. Cualquier otro tema relacionado con la publicación es materia de la Junta Rectora del Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan, que se asesorará del Consejo de Redacción de la revista.

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: José Fernando Sánchez Ruíz
Jefe de Redacción: Edmundo Comino Atienza
Redacción: José Luis Mata Burgos
Justo Ponce Solera
María Teresa González Ramírez

Maquetación y retoque fotográfico: M^a Estrella Cobo Andrés

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Las estaciones de mi estación, José Luis Mata Burgos
2. Premio de Poesía de la Federación de Asociaciones de Vecinos, (Años 1991-1995)
3. Consideraciones sobre la villa romana de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), Carmen García Bueno
4. Suite de la casa en el campo, Amador Palacios
5. La antigua ermita ya desaparecida de Santa Ana, de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), Rafael Rodríguez-Moñino Soriano
6. El ferrocarril dentro del casco urbano. El modelo de adecuación de Alcázar de San Juan (1850-1936), José Angel Gallego Palomares
7. La Mancha de Cervantes: evolución en el tiempo, Julián Plaza Sánchez
8. La arquitectura modernista en los pueblos de la Ruta Central del Quijote (Apuntes para su estudio), Ricardo Muñoz Fajardo
9. El Motín//correo 021: Parada Accidental (Cuentos Históricos), Mariano Velasco Lizcano
10. Bosque de niebla y Ricino para el amanecer (poesía), Antonio Fernández Molina.
11. Premios de Poesía de la FAVA. Dibujos de Ángel Vaquero.
12. La ruta de Don Quijote... y Azorín, Mariano Velasco Lizcano. Dibujo de portada de Ángel Vaquero.
13. Las vías de la modernización. Ferrocarril, economía y sociedad en la Mancha, 1850-1936. José Ángel Gallego Palomares.
14. Alcázar de San Juan: Cooperativismo 1900-1950. (La Equidad, La Alcazareña, La Benéfica, La Confianza, La Esperanza, La Popular, La Unión). Francisco José Atienza Santiago y Barbara Sánchez Coca.
15. La historia evangélica de la comarca de Alcázar de San Juan (Siglos XVI-XXI). José Moreno Berrocal. Dibujo de portada de Ángel Vaquero.
16. Evolución demográfica de Alcázar de San Juan 1857-1998. Soraya Sánchez Valverde.
17. Hombres y documentos del pensamiento en Alcázar de San Juan (1857-1998). Santiago Arroyo Serrano.
18. Alcázar de San Juan. Trágicos años 30. Sombríos años 40. Teófilo Zarceño Domínguez.
19. Alcázar de San Juan en guerra, 1936. La ruptura revolucionaria del campo tranquilo. Jose Ángel Gallego Palomares.
20. República y guerra civil en la Mancha de Ciudad Real (I). Los años republicanos. Bienio progresista 1931-1933. Apuntes sobre Alcázar de San Juan. Mariano Velasco Lizcano.
21. Colectividades en Alcázar de San Juan. Francisco José Atienza Santiago.
22. La política educativa de la Segunda República en Alcázar de San Juan: El Instituto de "La Covadonga". M^a. Teresa González Ramírez, M^a. Nieves Molina Ajenjo y Jesús Simancas Cortés.
23. Dos modelos de conflictividad social en Alcázar de San Juan durante la II República: La huelga de la siega y la revolución de octubre de 1934. Carlos Fernández-Pacheco Sánchez Gil y Concepción Moya García.
24. Las actas municipales durante la alcaldía de Domingo Llorca Server. Alcázar de San Juan. (Abril 1936-febrero de 1938). Miguel Ángel Martínez Cortés.
25. Violencia y guerra civil en la comarca de Alcázar de San Juan (1936-1943). Damián A. González Madrid.
26. Cartas Republicanas. Felipe Molina Carrión.
27. Comportamientos de la mujer alcazareña (1900-1950). Perspectiva histórica. Irene Paniagua Barrilero.
28. La violencia como factor político: revolución y contrarrevolución. José Ángel Gallego Palomares.
29. Un punto estratégico en la defensa de Madrid. Alcázar de San Juan 1936-1939. Felipe Molina Carrión.

30. La Biblia y el Quijote. José Moreno Berrocal.
 31. El Camarín de la Virgen del Rosario de Santa María la Mayor de Alcázar de San Juan: un estudio iconográfico y antropológico. Ana Belén Chavarrías Abengózar.
 32. Cruce de Caminos (2005-2007). Baudilio Vaquero Pozo.
 33. Certamen Literario de la FAVA (del XI al XI.).
 34. Patrimonio geológico y paleontológico de Alcázar de San Juan. Carriondo Sánchez, J.F., Sánchez Zarca, M.T. y Vaquero A.
 35. Apuntes para una historia del fútbol en Alcázar de San Juan I (Instalaciones deportivas). Enrique Fuentes, Sandra Octavio y Santiago Ramírez.
 36. Apuntes para una historia del fútbol en Alcázar de San Juan II (Personajes). Enrique Fuentes, Sandra Octavio y Santiago Ramírez.
 37. Caminos y Quinterías. Del Término Municipal de Alcázar de San Juan (La Mancha). Julián Bustamante Vela.
 38. Religiosidad Popular: Capillas domiciliarias. M^a José Manzanares y Rosario Vela.
 39. El Corral o Casa de Comedias de Alcázar de San Juan. Concepción Moya García y Carlos Fernández-Pacheco Sánchez-Gil.
 40. El consejo real en lucha contra la langosta: El caso de Alcázar de San Juan (1617-1620).
 41. En recuerdo de Rafael Mazuecos.
-

COPLAS DE FULGENCIA MONREAL



RECOPILADAS POR
ALBA SÁNCHEZ-MATEOS MONREAL,
MIRIAM MONREAL ROMÁN Y SARA FERMÍN MONREAL



2011

Edita:

Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan

Calle Goya, 1

Teléfono (926) 55 10 08

I.S.B.N.: 978-84-15319-01-6

D.L.: CR-322-11

PRÓLOGO

La gestación de un trabajo

El escaso protagonismo que han tenido las mujeres en los libros de texto, ha hecho que sean prácticamente invisibles en el estudio de algunas materias. Esto se debe, fundamentalmente, a la tradicional visión androcéntrica de la Historia. La investigación subordinaba la experiencia histórica de la humanidad al varón y la historia académica tradicional se limitaba a tratar a las mujeres como eternas segundonas. Sin embargo, en los últimos años el esfuerzo que se está realizando es notable, aunque queda camino por recorrer para lograr la equiparación entre hombres y mujeres en los textos académicos.

Esta ausencia de protagonistas femeninas, esta invisibilidad y ocultación de las mujeres y sus contribuciones a nuestra cultura hizo que, desde el ámbito educativo, nos planteáramos que nuestros alumnos debían conocer esa parte de la Historia que estaba velada y contribuir a su conocimiento.

Dar a conocer aspectos relacionados con las mujeres ha sido una constante en los principios educativos de nuestro Centro y se concretó aún más desde el curso 1998-99 con pequeños rincones, trabajos monográficos... que han tenido su puesta de largo en las exposiciones que hemos ido inaugurando a lo largo de todos estos años en las sucesivas Semanas Culturales del Instituto María Zambrano.

Durante el curso 2005-06 nos planteamos que el trabajo que veníamos realizando, aunque era importante, necesitaba un espacio diferente, un marco propio donde la mujer adquiriera todo el protagonismo. Así es como surgió la idea de convocar un certamen de investigación al que pusimos por título "*La Huella Femenina*" donde los alumnos tendrían que trabajar sobre un personaje femenino que hubiera destacado a lo largo de la Historia. Son muchas las mujeres que han contribuido al desarrollo científico, técnico, cultural y social con sus investigaciones, trabajo y compromiso ético. Por ello, ni ellas ni sus logros podían ser ignorados o callados.

En la convocatoria del curso 2008-09 resultó ganador el trabajo "*Coplas a la memoria*" dedicado a Fulgencia Monreal y realizado por nuestras alumnas Miriam Monreal, Alba Sánchez-Mateos y Sara Fermín.

Este material ha dormido más de un año en las estanterías de nuestro Centro siendo la publicación de esta Tesela la que nos ha permitido retomar estas memorias en forma de coplas y trazar unas breves notas sobre la represión hacia las mujeres durante la posguerra.

Las autoras nos regalan una historia fascinante y valiente. Los hechos comienzan aquí, en Alcázar de San Juan, en abril de 1940. Han rescatado de la memoria uno de los episodios más tristes vividos en la inmediata posguerra, donde una mujer será acusada y encarcelada junto con otras personas por "*tener en sus manos unas coplas*" que hacían referencia al himno del Cara al Sol.

Las coplas causantes de su desgracia no las conocemos, pero Fulgencia ha dejado su experiencia mostrándonos en cada verso la terrible impotencia y soledad que sufrió con su encarcelamiento.

Es importante que proyectos como este salgan del ámbito educativo, traspasen las paredes de los Centros y vean la luz. Por ello, agradecemos al Patronato de Cultura de Alcázar de San Juan la publicación de esta Tesela, pues nos asegura que el recuerdo de Fulgencia Monreal vivirá entre nosotros, traspasando así el ámbito familiar sin caer en el olvido. Hubiera sido imperdonable.

Breves notas históricas

"Estas son las memorias de una mujer que, al igual que otras muchas, sufrió la posguerra española".

Así comenzaba el trabajo de Alba, Miriam y Sara. Para realizarlo, las autoras indagaron en la vida de Fulgencia, muy presente en el recuerdo colectivo de la amplia familia Monreal, y con la colaboración de familiares y amigos, simultaneando estudios e investigación, se enfrascaron en recopilar y ordenar fotografías, recuerdos y entrevistas para elaborar un documento gráfico de gran calidad.

El trabajo se completó después con la transcripción de los versos de estas coplas. En ellos, Fulgencia relató la experiencia vivida en sus años de juventud, compartiendo con un grupo de compañeros la dureza de un castigo contundente. Recordemos también a quienes fueron detenidos con ella: Juan Toledo Nieto, José María García Fernández, Cecilia Pareja Gallego, Pilar Alhambra Huertas, Eloísa Hernández Herrero, Josefa García Fernández (hermana de José María), Francisca Córdoba Reguillo, Jesusa Vaquero Rivas y Pedro Rodríguez Liébana Gutiérrez.

Los datos sobre represaliados tras la Guerra Civil, según el listado del Ministerio de Cultura son de unos 750.000. Los archivos militares, penales y penitenciarios se están abriendo desde hace poco tiempo para seguir dando luz sobre este período.

Fulgencia sufrió el riguroso protocolo de la represión en el contexto que padecía el país entre el año 1936, cuando la Junta de Defensa Nacional declaró el Estado de Guerra, hasta 1948 en que fue levantado. Por ello, podemos conocer su detención y el Consejo de Guerra Militar celebrado, como era habitual, en uno de los salones del Ayuntamiento donde se llegó a sentenciar a algunos de ellos a pena de muerte, conmutada un mes más tarde por treinta años de reclusión.

Después fueron trasladados a diferentes prisiones. El primer destino de Fulgencia fue la cárcel de Ventas de Madrid, paso previo a su ingreso posterior en el terrible convento prisión de las Oblatas de Tarragona. Posteriormente fue trasladada a la cárcel de Les Corts en Barcelona, regido por las monjas de la Virgen de la Caridad de San Vicente de Paúl. Su última etapa será como trabajadora en una clínica psiquiátrica de Madrid (quizás el hospital psiquiátrico habilitado en la antigua cárcel de mujeres de Quiñones), donde pidió ser trasladada para estar más cerca de su familia.

El trabajo de Alba, Miriam y Sara se convierte en un material excepcional para los investigadores mostrando el itinerario de la represión: los Consejos de Guerra, la vida en las prisiones o el papel de las monjas en las cárceles franquistas. Estas religiosas se dedicaban a tareas de administración y vigilancia de las reclusas en virtud de un acuerdo firmado en 1938 entre el Servicio Nacional de Prisiones y la orden respectiva. Los Consejos de Guerra juzgaban delitos de los que los acusados necesitaban mostrar su inocencia. En el juicio, la simple denuncia se consideraba prueba suficiente y así es como vemos a Fulgencia aceptando inocentemente haber tenido en sus manos durante media hora *“unas coplas contra el gobierno, que yo no sabía qué era eso”*.

Fulgencia se “benefició” más tarde de una reducción de pena por buen comportamiento y por su trabajo. Su testimonio nos remite a la orden dictada en octubre de 1938, por la que se crea el Patronato para la Redención de Penas por el Trabajo que gestionará los trabajos de los presos y presas y su vinculación a la libertad condicional.

Fulgencia recobraría la libertad en octubre de 1947. Sin embargo, hemos de considerar la estigmatización, no solo personal, sino también familiar, que supondría el paso por la cárcel en una sociedad controlada bajo mecanismos basados en el miedo y la sospecha.

A pesar de todo, observamos en sus palabras a una mujer leal y solidaria que recordó siempre a sus “hermanas de cautiverio”; a una mujer alegre pues vemos en sus fotografías que siempre conservó la sonrisa; y a una mujer generosa que intentó mantener a sus familiares apartados de su sufrimiento ocultándoles el rigor de su encierro.

Son necesarias estas voces para que entre todos rescatemos estos retazos del pasado y que no duerman en el olvido. Son ya demasiadas las personas que desgraciadamente han ido desapareciendo llevándose con ellos unas historias que jamás conoceremos. Estos testimonios son muy útiles como punto de partida para ir completando el mapa de nuestra memoria histórica, memoria que como todos sabemos tiene muchas aristas, y es selectiva. A los historiadores corresponde el realizar su análisis: estudiar documentos, contrastar datos, comprobar fuentes... para esclarecer con el mayor rigor posible la verdad, sin las rémoras afectivas que generalmente acompañan este tipo de testimonios.

Estamos muy agradecidas por la elección del personaje, por el trabajo de recuperación que han realizado, así como por el manejo técnico en el tratamiento de las imágenes y, en definitiva, por el resultado final. Vaya nuestro reconocimiento y admiración por la vida de Fulgencia y que sea su voz y sus coplas las que nos guíen.

Para finalizar, dar la enhorabuena a nuestras alumnas y sus familiares por rescatar del olvido esta historia y nuestro agradecimiento, de nuevo, al Patronato de Cultura de Alcázar de San Juan que, con la publicación de esta Tesela, nos ha permitido compartirla.

**Teresa Moreno Barriga y Paloma Manzaneque López.
Profesoras de Historia del IES María Zambrano de Alcázar de San Juan.**



Fulgencia Monreal

*Gracias por regalarnos estos versos,
que hoy recuperamos para que lejos
de quedar en el olvido,
permanezcan para siempre en el corazón
y la memoria de todos los que tuvimos
la suerte de conocerte.*

Alcázar, 4 de mayo de 2009.

MI INFANCIA

Todos los humanos cuando nacemos
y al seguir viviendo en paz
en una simple cuartilla,
nuestras penas y alegrías
debíamos de anotar.
Yo soy una de las que empiezo
un poquito de mi pasado
porque sin pasado nadie está,
unos más que otros.
Y si desde que nací empiezo,
va a ser mucho relatar.
Me saltaré unos renglones
porque mis hijos
cuando vean este cuaderno
sé que llorarán
y quiero escribir muchas cosas
y todas desde luego son realidad.
Porque en la vida
se pasan penas, alegrías, torturas,
en fin, esto quién lo dudará.
Yo nací en el año 1918
el día ocho de septiembre.
De mi infancia poco puedo contar
qué poco jugué con mis amigas
porque mi querida madre
después de una amarga vida
a la tumba se fue a descansar
dejándome con nueve años
y debajo de mi cuatro más,
otro con veinte años,
y mi hermana con quince de madre tenía que hacer,
y yo la sustituía en fregar y barrer.
A aquella mártir la metieron en la fosa,
creyendo yo que siempre la podría visitar,
pero un día por abandono
el sepulturero con pico y pala abrió su tumba;
y aquellas cenizas tan queridas,
el viento se las llevó.

Pero no se entretuvieron en paredes ni tejados,
aquellas hermosas cenizas están en mi corazón.
Yo en los días de mi infancia,
desde que mi madre murió,
mi visita al cementerio era toda mi ilusión;
Arreglaba a mis hermanos
con sus guardapolvos negros,
salíamos de camino al cementerio.
Al salir de casa, ¡qué cosa en nuestro pecho!
no podíamos hablar de alegría y contento.
"Vamos a ver a madre",
decían los más pequeños,
cogíamos ese camino triste
que es el del cementerio.
Al regreso para casa
todo era tristeza, desilusión y descontento,
pensando que no veíamos
lo que al salir de casa todo era gozo y contento.
Pero un día fue más duro,
Íbamos a aquella tumba que creíamos tan nuestra
y en la que reposaba nuestra madre;
el sepulturero nos dijo:
"niños, ahí no hay nadie
y para sacarla se ha avisado
pues a los que no tienen a nadie
se tiran al osario."
"¿Los que no tienen a nadie?" le dijimos,
"aquí tiene cinco clavos
que no dejan de visitarla
y siempre en ella pensando.
lo que no tenemos es la edad
para hacerle ese sarcófago que se merece nuestra madre
tan alto, tan alto, tan alto que llegue al cielo
para verla desde lo más alto,
porque ella no quería la tierra del Campo Santo.
Y ya aquellos chicos del guardapolvos negro
con sus ojos empañados, ya no van al cementerio
porque las cenizas de su madre
en el corazón han entrado.

LAS CHICAS DE LAS COPLAS

Y después pasaron los años,
se hicieron unos hombres mis hermanos
y yo no los vi por desgracia
porque vino una posguerra muy mala
y para mí, sin ir más lejos,
en la cárcel me encerraron,
sin comerlo ni beberlo,
porque tuve unas coplas
y al año de haberlas tenido me encerraron;
dichas coplas no las tuve ni media hora en la mano.
Pero, en fin, el día veinte de abril de 1940
me llaman para declarar
y en la cárcel me quedo
por decir la verdad,
que las había tenido media hora en la mano, nada más,
y que ya no me acordaba
por el mucho tiempo que hacía,
pero que de todas maneras
me quedaba detenida.
El día veinte de mayo, qué hermoso día,
recuerdo, como si tal fuera hoy,
nos sacaron a consejo
aquí, en nuestro ayuntamiento que lo veíamos,
porque éramos once chicas,
todas con una flor en el pelo,
propio del mes en el que estábamos,
ese mes tan bonito y tan alegre,
el mes de las clavellinas;
al pasar nos las quitaron
llenos de rabia y coraje,
que “por qué”, nos decían,
“tenéis que poner os esto
si sois procesadas,
y estáis ante un consejo”.
Qué pena nos entró entonces
“pero, ¿dónde estamos?”,
le pregunté a un preso,
que también lo iban a juzgar en el mismo consejo nuestro;

“¡Qué lástima!”, me dijo,
“yo quisiera que me juzgaran por lo mío y por lo vuestro,
porque sois unas chiquillas, y se ve que no entendéis de esto;
mira, compañera, nosotros somos presos
y para los que nos van a juzgar somos un basurero
y ya, para nosotros, no habrá flores,
nada más tormento.”

En fin, que ya empiezan con nosotras,
yo ya estaba muerta de miedo,
creíamos, al entrar, que eso no era tan serio.
Nos echaron pena de muerte,
que yo no sabía ni lo que era eso,
y ya, al fin, el señor defensor
nos lo explicó más lento,
entonces fue cuando empezaron
para mí los tormentos,
y ya empecé a comprender
que si querían me mataban por aquellos versos
en contra del gobierno,
pero yo no sabía lo que quería decir eso,
ni comprendía que los de mi pueblo
me llevarían a un consejo.
Y ya, cuando salíamos llorando de aquel proceso,
parecíamos lo mismo que aquellas rosas,
que una hora antes, nos quitaron
y se veían por el suelo;
marchitas y deshojadas, ya sin olor a mes de mayo
como si no fueras la misma,
sólo pensando en los tuyos
con ese dolor tan amargo.
En la plaza de mi Alcázar
no había ni una naranja;
las mujeres querían abrazarnos,
y la guardia civil, con las culatas,
decían muy enfadados “¡apartaos e iros a fregar!”
pero, cómo se puede echar a todo aquel personal,
si la que no lloraba, gritaba
“¡pero qué hermosa que vas!
¡Levanta esa cara, Fulgen!”, decían mis compañeras,
“y no llores, que verás cómo sales enseguida”.

¡Qué lástima! ¡qué ignorante está el mundo!
sólo existe el consuelo,
pero en este trance, no te animas
porque tu corazón está enfermo.
Llegamos a la prisión,
nos meten en una celda,
sin tener comunicación.
Sentíamos a las chicas que cantaban en el patio,
oíamos las comunicaciones
con sus padres y hermanos,
y alguna vez, las de sus novios
que les decían muy alto
“¡no te preocupes mujer,
que te espero a los treinta años!”.
En fin, y así se pasaban los días
triste, en mi celda pensando
si yo tuviera que estar
en esta prisión treinta años...
Pero qué alegría un día
cuando cumplía tres meses en esa celda
oigo la voz de un funcionario
que está llamando en otras celdas,
“¡comunicación especial! Que se prepare una de las apenas
que es para comunicar”.
“¿cómo se llama?” decían
“¿ésta? Fulgencia Monreal”.
“¡Ahí!”, me indica en el patio.
Al descorrer el cerrojo, ya estaba yo de pie,
con ansia en espera de quien podría ser;
“dígame pronto, señor, ¿quién es el que me viene a ver?”
“no sé”, me contestó, “debe de interesarse mucho,
porque habló con el director
pidiéndole verla un momento y por favor”.
Y yo, ciega como un pajarillo
cuando le abren su jaula,
no sabía cómo salir,
pero al darme ese resplandor del sol,
ese aire puro del patio...
Las piernas me temblaban, temiendo no poder andar
salí corriendo hacia al locutorio,

en la verja me agarré sedienta de saber de los míos
como aquel que siente la sed.
“¿Quiénes son los que vienen a verme?”, dije;
y es que no veía a nadie,
y eran mi padre y José.
Y yo, fuerte y fría como el mármol,
sin que ellos lo notaran,
empecé a hablar muy fuerte y como desalentada,
“¡qué sorpresa tan grande
y qué guapos estáis los dos!,
pues estaba yo sentada escribiéndoos en mi colchón,
cuando al terminar la carta
me ha llamado este señor.
Y, ¿qué os contáis?, decidme algo”.
“¿Qué te vamos a decir si queremos sólo oírte
y verte de reír”.
Pero qué risa, qué lástima,
cómo los engañaba,
si aquella no era mi risa,
a mí me pasaba como a ellos,
no quería nada más que mirar aquellas dos caras tristes
y los tenía que animar
contándoles chascarrillos
y cosas de chiquillos,
por no decirles cómo estaba ni de donde salía,
¿se pensarían que esa voz la tenía yo continua?
En fin, que ya tocan las palmas,
ya nos podemos marchar,
vosotros para la calle,
y yo al patio a jugar.
Con la cara cabizbaja y lo brazos caídos,
pasos como andares de un niño,
caminaba hacia mi celda,
peor que como había salido.
Me tiré contra el petate,
con muchas ganas de llorar,
pero me quedé dormida,
como quien descansa en paz.
Al despertar las compañeras
me preguntaban, “¡Fulgen! ¿Qué te ha dicho tu padre?”

¿Qué vamos a salir?"
Y yo nunca desanimando,
les decía que sí.
Pero qué me dijo mi padre,
me preguntaba yo sola,
si a mí me parecía un sueño
que los había visto a los dos;
cómo iba a estar mi cabeza
si era la primera vez que los veía por la reja.
A los cuatro meses de mi incomunicación,
el día once de septiembre, a las diez de la mañana,
se presenta el director
y nos saca al patio
a algunas de las apenadas.
Nos llamaron por lista,
primero nos anuncia a lo que iba;
"vengo esta mañana, a este patio,
a dar muchas alegrías,
me gusto sería a todas,
pero por encima de mí hay una justicia".
Un hombre bueno, y de buen corazón,
todas dimos un aplauso que retumbó en la prisión.
"Se levanta la pena de muerte
a las chicas de las coplas,
y a pasear con todas por el patio,
y jugad, y pasad la vida penitenciaria cantando
que ya veréis cómo salís el día menos pensado;
¡y a seguir con vuestra buena conducta,
porque dentro de unos días os marchareis de aquí!
No puedo deciros el día,
pero sí sé que vais a Madrid."
Ya desde ese día,
empezamos a comunicar con los nuestros,
a preparar las maletas
con ropas y calzados,
porque nos sacarían de aquí
para veinte o treinta años.
No sabíamos en qué fechas podríamos salir,
pero sólo dependíamos de la Guardia Civil.
Los de la oficina no nos daban el parte

pero las familias estaban siempre
alrededor de la cárcel;
¿y si nos llevan a media noche?,
pero no.
La providencia llega,
el día veinte del mismo mes,
a las nueve de la noche,
con una voz misteriosa,
oímos de los labios
que a las once de otro día,
se llevaban a las *chicas de las coplas*.
¡Qué revolución, en silencio, se formó en la prisión!
“¡Que ya os marcháis mañana!,
esto lo he oído yo”, decía una compañera nuestra;
“y, ¿cómo hacerles saber a las familias nuestras?”
“no os preocupéis, que en el patio hay un centinela,
que a veces, los muchachos, nos dan para leer novelas,
y aquí, no hay más que arriesgarse”.
Se tira al suelo,
y en silencio llama,
“¡Centinela!”
“¿Qué pasa? ¡Alerta!”
“No se alarme, que soy una presa;
mire, quiero pedirle este favor,
aunque no me des más novelas:
¿Quieres llamar a la casa de enfrente,
que es la de Teresa Santos,
y darle a su madre esta esquela?
Se lo agradeceré de corazón;
es que se llevan a unas chicas mañana de expedición,
y sus familias no lo saben;
Centinela, ¡y esto no es un dolor!”
“No te preocupes, muchacha, aquí estoy yo,
si también tengo yo a mi madre
muy lejos de aquí, en la prisión.
Pero, ¡A callar! ¡Y nunca jamás!
que soy un buen militar.
A las nueve de otro día,
nos llaman a la oficina a firmar nuestra salida.
La calle ya estaba llena, con las familias y amigos.

Entra la Guardia Civil al patio
a ponernos las esposas
pero Don Pedro, nuestro gran director, les dice,
"Quiero que estas chicas salgan sin esposar de esta prisión;
si quieren, se las ponen en la calle,
porque desde la puerta para dentro, en esta casa mando yo.
En fin, que éramos como corderillos
porque donde nos guiaban, íbamos.
Nos dicen que a formar, y detrás de ellos íbamos.
Ya salimos a la calle,
yo a quien vi primero, fue a mi querido padre,
a pobrecilla abuela Eusebia con su garrota en la esquina
diciendo a gritos, "¡Si yo pudiera, hija mía!"
Pero, ¡ay!, así no hay poderío,
sólo el de la resignación,
que si te dicen te mato,
se muere con valor,
porque las conciencias limpias
son siempre mejor
porque hay una providencia
que es la que nos da el valor,
y esa providencia, no es misteriosa,
que es sólo nuestro corazón.
Yo, mi tristeza era por los míos
porque les haría sufrir,
pero por dentro iba tranquila
porque no había hecho nada
y algún día, les tocaría en el corazón
a aquellos que, sin yo hacer nada,
me encerraban en la prisión.
Recuerdo como si tal fuera ahora mismo,
nos llevaron para la estación,
triste era ese camino;
todos formados y en silencio,
todos pensando en lo mismo.
Adiós, Alcázar valiente y nobles como nosotras,
perdona a los que marchitan nuestra juventud hermosa;
adiós, Calle de Castelar,
hermoso Paseo de la Estación,
por última vez te miramos

hasta que volvamos de la prisión.
Llegamos a nuestro andén,
no cabía una naranja;
junto con nuestras familias,
nos despiden los hijos de nuestro Alcázar.
Recuerdo que antes de subir al tren,
mi prima Llanos me abrazaba por detrás,
y entonces quedé castigada
por el guardia señor Marcial;
si alguien de conocimiento
leyera estos renglones
y le gustara la paz,
que diga si tiene castigo el preso
si lo abrazan por detrás.
Ya subimos al tren,
lleva cada familia la merienda con el pan,
los padres se veían negros hasta que se los pudieran tomar,
pero pudieron conseguirlo, y se vengó diciendo,
"todos, menos el de la Monreal".
Yo, callada, como ya he escrito antes,
que lo que quieran hacer contigo,
pero otro de los guardias
me cogió el paquetillo.
La providencia justa tiene su perdón
y aunque entre enemigos,
siempre por justicia,
nos toca el corazón.
En fin, ya le dan salida al tren
con ese arranque triste y lento;
pita el maquinista sin ganas
por ser el tren de los presos.
Con la mirada hacia delante,
le acompaña el fogonero,
los dos van pensando en lo mismo,
en los que van detrás de ellos;
corazones que sufren mucho
como en ese caminar van ellos.

Madrid, UNA NOCHE INTERMINABLE

Llegamos a la capital de España,
Madrid, corazón de todos,
nos acoges en tus brazos,
y tú no miras quiénes somos,
pero quieres que seamos
como tú de generosos.
Nos meten para descansar
en esa prisión de ventas,
en una sala para todas;
aquella noche fue el terror para nosotras,
se oían los camiones de los que se llevaban a fusilar.
Con el silencio de la madrugada,
parecía que todo Madrid dormía;
nosotras, en pie y abrazadas,
se nos hacían años las horas;
aquel descorrer de los cerrojos,
aquellas pisadas por los pasillos,
y nuestros compañeros
que iban tristes en su camino;
como nosotras los acompañábamos
cerrando puertas, y nuestros puños,
y pidiendo a la providencia
que venga la paz al mundo,
así aclamábamos todas
y al otro día por la mañana
marchábamos para Tarragona.
Desde la cárcel para la estación,
nos llevaron en camiones
conducidas por la Guardia Civil,
sin maletas, ni colchones,
“tenéis que dejarlo aquí,
sólo tenemos la orden, de un pequeño maletín”.
Qué pena nos dio a los presos
tener que dejar las sábanas, mantas,
colchones y la ropa de mudar.
Un chófer, pobre muchacho,
sin que lo viera la Guardia Civil,
me dijo, “trae, muchacha esa maleta

y la esconderemos aquí".
Cuando subimos al tren,
yo pensando en mi maleta,
iba muerta de miedo,
y cuando quise recordar,
aquel chófer de buen corazón,
la ponía en mi departamento;
se vio que sentía, un gran afecto por los presos.

TARRAGONA: LO MÁS DURO DE MI ENCIERO

El tren camina,
se le oye de pitar,
con ese sonido triste
y el tictac de la locomotora
que no quiere llegar nunca
a la prisión de Tarragona.
Nuestras mentes van pensando
en lo que te dejás;
tu juventud hermosa.
Sólo avanzas con tu pena,
hasta que te veas con los tuyos,
a través de las rejas.
Por fin, el tren, aunque sin ganas,
paró en la capital,
y la Guardia Civil
nos hicieron de formar.
Íbamos camino de nuestro encierro,
de dos en dos, como criminales,
el que iba enfermo
como el que se le había muerto su madre.
Llegamos a las oblatas,
nos reciben sin palabras de consuelo,
sin darles lástima nuestro dolor,
siendo que ibas acogida
por esposas de Nuestro Señor.
Una madre superiora alta

y de corazón duro,
tratándonos como a animales,
nos meten en un *buhardillón*,
Y estuvimos tres meses
sin gozar de nuestro colchón,
acostándonos en el suelo,
como los hijos de la calle,
teniendo todas nuestra honra
y un hogar con nuestros padres.
Aquí, encontramos en esta prisión,
un cambio muy brusco...
"No tenemos agua,
el suelo está muy duro,
el olor a estiércol se apodera de nosotras
en esa buhardilla.
Nos sacan al patio a respirar media hora;
vamos bajando las escaleras,
deprisa, como si te fueras a tu casa,
bajas al patio, no ves más que oblatas,
persiguiendo tus pasos,
que vas tan emocionada,
respirando fuerte, con ansia,
queriendo acaparar el aire para mañana;
tus pulmones sientes que se abren,
te paras, respiras,
y, como está la oblata siguiendo tus pasos,
te dice, "no te pares, ¡andando, andando, anda!",
y te empuja con mirada de amenaza.
¿Querrán que andes, para hacer gana,
de comerte las cuatro patatas?
¡Qué buenas, y cuánta caridad
tienen las oblatas por el preso!
Al pasear te paras,
miras para ver las ventanas
de otras compañeras,
que esperan que las bajen de sus salas;
nos hacemos señas,
por lo mal que te tratan,
con una sonrisa, y una lágrima,
diciendo a tus compañeras desde las ventanas,

“adiós, hasta mañana”.
Todo está en silencio,
ninguna campana,
no ves en el patio
nada más que oblatas;
ves que mira el reloj,
que venga la oblata de guardia,
“¡arriba!”, te dice tocando las palmas,
¡vamos subiendo para arriba!
¡Prohibido tocar la baranda!”
Las ancianas no pueden,
suben destrozadas,
obligándote, dándote ese olor
que tiene la buhardilla,
y cuando la oblata comprende que ha subido la última
sube corriendo como una ladilla.
Cerrando las puertas,
contenta y tranquila,
que ya se queda el preso
encerrado en su buhardilla.
Porque les ha dado la vara dura
su general Franco.
Y corren como la ardilla,
husmean y olfatean
el paso del preso
que las marean;
fingen una sonrisa
de allá para cuando,
cuando ven ellas,
que no queda rancho.
Por la noche, pienso tendida en mi suelo,
nos quitamos las zapatillas
y las ponemos de almohada,
y aunque estás molesta,
el sueño te llama,
pero te quedas sólo vencida,
y sueñas con fantasmas.
Despiertas triste,
pero despierta pones tu esperanza
en un sueño hermoso

fuera de las oblatas.
Mientras ansías que llegue pronto
la fiesta de la merced,
la patrona de los presos,
que de año a año,
nos abren las puertas de las celdas;
nos juntan en el patio a los presos,
¡qué algarabía se mueve,
qué abrazos y qué besos!
con personas que jamás conociste
pero somos compañeros
que sufrimos por ellos
y que después de estar encerrados,
en todo el año nos vemos,
hasta este hermoso día
que es la patrona del preso;
les hacemos teatros,
se divierten ellos,
a cambio de aquel abrazo,
por juntarnos a los presos.

- - - - -

II. A quienes no vieron la libertad

No se me olvidará jamás
Josefilla García,
Hija de Alcázar,
compañera de *las coplas*;
Cogió una enfermedad a la garganta,
la pobrecilla iba perdiendo su voz
como se apaga la llama al candil
si le falta su aceite,
y a ella le faltaba ese médico
que pedíamos a visitarla;
esas medicinas, ¿dónde estaban?
En el año 1941
día catorce de junio,
es la onomástica de la superiora,
llegan mi padre y mi Luz a verme,

se celebraba el teatro
y yo, salgo en los coros
de Doña Francisquita.
Bajaba las escaleras con mi vestido
para que me viera mi familia;
me tropecé con una monja
en la puerta de la enfermería,
me quedé parada
“dios me envía
a pedirle por favor,
ver a mi Josefilla”;
titubea, me mira,
al fin, muy deprisa,
me deja.

Yo jamás pensé que aquello sería una enfermería
un pasillo largo, lo atravieso corriendo
y cada vez se me hacía más largo.

Tenía dos camas esa enfermería,
una con mi Jose,
y otra vacía.

Conforme yo avanzaba,
ella de rodillas esperándome
y a penas se le oía diciendo
“¡ay, mi chica! ¡ay, mi chica!”
Cayó en mis brazos tan afligida,
que le dio el ahogo
y cayó desvanecida,
yo, dándole en la cara diciéndole,
“¡Josefilla, mírame que guapa!
Ha venido mi familia a verme,
te traen cosas de tus padres,
y como es el santo de la madre,
nos veremos esta tarde”;
todo fue en vano,
se quedó inconsciente;
corrí de nuevo aquel pasillo
regresando a la puerta,
donde la monja ya estaba inquieta;
de nuevo le pido otro favor,
que fuera a verla.

Corrí las escaleras,
entré sin poderme detener,
al locutorio llorando,
las piernas me temblaban,
y mi Luz, al verme tan descompuesta,
le dice a la oblata,
“¡déjeme de abrazarla antes de hablar con ella!”
Y mi padre diciéndome,
“¿Qué te pasa?”
“No me pasa nada, estoy emocionada”.
Así era la prisión,
no podías decir que te pasaba, ni como estabas.
En ese mismo año,
se quedó la pobre en Tarragona,
dejando de existir,
a falta de existencia,
engañando a las familias,
¡que no les faltaba de nada!
Comunicábamos con las familias,
se cubría el locutorio de oblatas,
que no podías, ni por señas,
decirles cómo te trataban;
y solo con el pensamiento libre
y diciendo,
¡pero qué malas que son las oblatas!

- - - - -

Para estas monjas, decían ellas,
cometí un delito,
pero todo fue en vano;
no querían cartas de novios,
y yo, escribía a mi José
como hermano;
en una tarjeta teníamos que escribir nueve renglones
y yo, toda nerviosa, sin darme cuenta, metí hasta catorce;
me las devolvían,
y esa semana, mi padre y mi novio se quedaban sin noticias.

Nos daba igual,
porque tenías que rellenar aquellos renglones
diciendo que estabas bien,
y que teníamos economato,
y nosotras, no lo veíamos por ningún lado.
¡Qué pena! ¿y la higiene del agua?
Teníamos un cubo grande,
allí no subía el agua;
si te daba tiempo a llenarlo,
te ponías tan contenta
porque ya podías fregar el plato del rancho,
regar un poquito la buhardilla,
porque el piso era de cemento basto;
podías echar unas gotitas,
porque de polvo te ponías perdida;
no sabíamos cómo darle empleo al cubo.
¿Y el problema del wáter?,
hasta que no venían con el rancho,
ese pobre no tragaba,
porque si querías comer,
tenías que quitar el agua
y después, ¿cómo fregabas?
A las cuatro de la tarde, venía un hilillo
“¡Que cae agua!”
decíamos en silencio,
porque si hablabas fuerte, venía la oblata,
con su vocabulario sucio;
¡si eran unas monjas muy educadas!,
y comprensivas;
les gustaba tanto el silencio,
que si hablabas fuerte,
te metían más dentro.
Y tenías unas celditas muy adornadas,
que no te daban ganas de hablar
por si las estrenabas.

- - - - -

III. Un soplo de libertad

Tengo que escribir otro recuerdo
Que quedó en mi vida penitenciaria grabado,
para que sepan los venideros
cómo fueron para preso las oblatas.
Se me quedó grabado en mi mente,
mientras viva en este mundo,
me encontré un día con unas medias
tendidas en la terraza próxima a las oblatas,
porque la verdad yo pensé que serían de ellas.
Me subí al ventanín pequeño que había,
que éste era del wáter,
pues sólo se veía un poquito el mar
y este trocito de Tarragona
con aquellas medias tendidas,
pues yo quería ver quién iba a recogerlas;
¡me puse tan nerviosa!, y yo pensaba,
“¿y si serían de las oblatas?
Pero no;
dios me obligó a poner ese interés,
ayudada por una fe,
quería hablar con alguien
que me informara de esa inquisición que se vivía.
Y yo, una mañana que se veía más ropa tendida,
ya me decidí; me lo jugaba todo,
no bajando media hora al patio, me hice la enferma,
y por fin pude ver que cogía la ropa una mujer morena,
menudita y muy salada;
le chisté, me miró,
y tuve la suerte de encontrarme
con una de las vecinas de las oblatas.
Allí charlábamos todos los días,
y era ella, la que todos los días
me daba muy buenas noticias,
y muy malas para el preso,
porque ella tenía a su marido
en la cárcel modelo.
En diciembre del mismo año,
van a verme mi Luz y mi Isidro;

mi primera visita fue en esa terraza,
porque allí podíamos hablar mejor
que en el locutorio con las oblatas.
Porque con esta muchacha nos hicimos muy amigas
y se animaron a venir hasta las familias,
que venían a verme derechas a casa de esta chica;
porque allí fue donde se pudo descubrir
lo que las oblatas te hacían sufrir.
También fue a verme mi José,
antes de marcharse a ser soldado;
hablábamos en la terraza,
y después al locutorio como hermanos.
En el año 1942, tuve comunicación
con mi Luz y mi Felipillo;
ya hacía un año que no lo veía.
Me dicen las oblatas que los veré un poquito, nada más,
por locutorio, porque se habían enterado
que ese José, era mi novio.
Después de tanto suplicar
“¡por favor, hermana, déjeme que la bese!
¡que venimos de muy lejos, y mi Fulgen es muy buena!”
Yo, mientras, me aprovechaba, y miraba a mi chico,
mientras ellas decían disparates;
ya, por fin, les dieron unas almendras,
y pude darle un beso muy grande,
pero de verdad que no veía,
estaba como hipnotizada,
sufriendo de hacerles pasar ese rato tan amargo,
después de un viaje tan largo;
pero, también, que hermoso era sufrir con libertad.
Recuerdo que cuando iba camino de mi buhardilla,
me encuentro por la escalera con una oblata,
y me dice, “¿de dónde viene usted?”
y le digo, “de comunicar”
y me dice “ande, ande, suba deprisa,
que después que lo tienen todo,
parece usted una pavilla”.
¿Qué parecía una pavilla? me dijo,
es que ¡acaso no eran humanas!
¿no veían que por ellas,

era yo una desgraciada?
Pero por dentro de mi corazón sentía tal odio,
que me habría sobrado valor
para haberle podido decir,
“y ustedes, son hijas del demonio”.

- - - - -

Menos mal, que personas de la calle
se pusieron a reclamar,
nuestros colchones llegaron el día de Navidad;
mis plegarias al niño entre pajas,
mis alabanzas al niño de Dios,
que le trajo milagro al cautivo
que ya era él mismo
entre ellos se vio.
Tú, niño mío, hermoso, que sabes,
que desnudo te dejaron por amar,
ten compasión de estos presos
y sácanos de este penal.

BARCELONA. AL FIN, AMOR, CARIÑO Y HUMILDAD

Más de un año en esa buhardilla
sin tener de nosotras compasión,
hasta que, sin esperarlo,
y de sorpresa, nos mandan en expedición,
a la prisión de Barcelona
fechas próximas de la Navidad,
nos acogen unas monjitas,
las hijas de la caridad.
Allí, entre aquellas tocas blancas,
lo encontramos todo:
amor, cariño y humildad,
que es lo que el preso necesita
más que un pedazo de pan.
Una disciplina correcta
con la sonrisa en los labios
y a todas terneros contentas.
Aquel toque de campana,
por la mañana a formar
para el recuento del café,
y marchar a trabajar.
Después, el toque del mediodía,
el tintan de alto trabajo,
para formar otra vez
y repartirnos el rancho.
Y después un toque de campanas
alegre y sincero,
que nos da nuestra carta
la hermanita del correo;
las que te alivian un poco
las horas tristes de tu encierro,
las cartas de tus padres,
y no la de tus abuelos,
que tan viejitos te dicen,
"anda a tu cautiverio,
y ya verás, hija mía,
cómo de nuevo nos veremos".
Yo, cuando recibía la carta de mi María,
mi cuñada la mayor, porque otra no tenía,

aquellas cartas con tanto amor,
como si fuera su hija;
“¡que te mando un paquetillo!
¡qué pronto tendrás visita!
Iré sola, con Eusebiete y la Mari,
y cantará a las monjitas
para que pases un día;
y ya verás qué poesías,
ya verás qué plegarias a la virgen
canta tu sobrinita;
ya está ella, loca, pensando
que pronto irá a ver a su tía;
mientras tanto, te manda esta foto,
para que pases el día,
a ver si ya es la última,
porque se oyen buenas noticias”.
Y así, pasaban los años,
con la misma disciplina
pensando siempre en los tuyos
y recordando tu vida.
Leíamos el diario *Redención*
donde, en él, teníamos la ilusión;
anunciaban el decreto
de veinte años y un día.
Se nos caía el alma,
porque nunca llegaba ese día,
era tan peligroso,
que no salías en la vida;
ese día misterioso,
ingrato del ser humano
que lo consume lentamente
esperando entre llantos.

- - - - -

II. QUÉ SOLA sin mis chicas

El día ocho de febrero de 1946,
a los seis años de mi cautiverio,
echamos unas instancias
con Virtudes, y Jesusa Baquero,
para viajar a Madrid
y estar más cerca de los nuestros,
a una clínica psiquiátrica,
a cuidar de unos enfermos;
las aprueban a las dos,
y yo, en Barcelona me quedo.
Triste sin ellas me quedé,
esperando la ayuda de la providencia,
que es la paciencia del preso.
Ya llegan a Madrid,
con tanto desconsuelo,
sin poder ir las tres juntas,
dejándome allí,
que la madre superiora,
al mes, fue a por mí.
Sor Elisea,
Madre Carmelita,
esencia buena,
queriéndonos mucho a los presos,
como nosotros a ella.
Cuando fue a por mí a Barcelona,
yo creí que era la Guardia Civil,
y luego, era ella en persona;
al verme me dijo con tanta simpatía,
“vengo sola a por ti,
te llevo como una enferma,
para que tus chicas me dejen en paz,
y tú también estés contenta.
Yo me abracé a ella diciéndole,
“pero, ¡madre!, ¿es que usted me conocía?”
Y me contestó cariñosa,
“¡mira tu fotografía!
Pero, qué más que vuestra buena conducta,
con un expediente limpio,

y hacer el sacrificio de querer estar con locas
por estar cerca de los suyos.
Tú, Fulgen, no llores,
que te voy a pasear por las ramblas de las flores".
Y así fue,
¡qué hermoso camino!
Pues, aunque iba detenida,
no me daba ni cuenta,
sólo que iba cogida,
de la mano de una Carmelita.
Después, cogimos un taxi
camino para la estación
y yo sin hablar nada
por si iba algún inspector.
Pero, ¡qué viaje más feliz!
Ir con una madre Carmelita,
y no con la Guardia Civil.

MADRID, MÁS CERCA DE LOS MÍOS

Y por fin, llegamos a la clínica psiquiátrica;
allí estaban, ansiosas,
esperándome mis chicas;
¡qué abrazos, qué besos
y qué alegría!
Esto, por mucho que se cuente,
hay que vivir esta vida.
La vida penitenciaria es un mundo nuevo,
si miras para arriba,
no ves nada más,
nada, a nadie,
sólo cielo,
que lo miras, implorando,
junto a tus compañeros;
una prisión siempre llena
de tristezas y recuerdos.

- - - - -

Allá por el año 1944,
salieron de doce años,
muchos decretos;
¡qué alegría de aquellas compañeras
que les tocaba marcharse
a su casa con los suyos!
¡Qué claros se iban quedando en aquellas salas!
¡Qué tristes las que se quedaban!
Y yo, le escribo una carta a mi padre
diciéndole que estoy en Madrid;
ya se revolucionan las familias,
y todas diciendo lo mismo,
“pues vamos a ir a Madrid”.
Y así fue, después de tantos años,
esto fue en el año 1946,
por el quince de mayo, jueves,
se presentó mi José,
que le gustaba ir solo,
para hablarme sólo él.
Recuerdo que estábamos un poquito enfadados,
y tanta impresión le dio al verme,
después de siete años,
que tenía yo unas coletas muy largas,
me dijo, “¡no te las cortes!”,
pero yo seguía enfadada,
y a la semana siguiente,
las coletas estaban cortadas;
al verme me dijo,
“pero, ¿te has cortado las coletas?”
Y yo, guasona, le decía,
“pero, si tú no me has visto con ellas.”
“Pero, ¡qué me dices, Fulgen!”
¿Qué tú la semana pasada no tenías coletas?”
“¡No!, que lo habrás soñado;
Que yo, tenía melena.”
Y así, lo metía en un lio,
y no me faltaba todos los jueves a mi reja.
Un año más en las rejas
de una clínica psiquiátrica,
con más ilusión de verme en la calle

como todas las chicas.
En junio del mismo año,
me llamaron a comunicar,
le pregunto a la hermana
“¿quién viene a verme?”,
y me dice, “un chico alto y guapo,
que dice que es su hermano”;
entonces, pensé, “si es alto,
¿será mi Paco?”.
Y así fue, era aquel chico
de pelo castaño,
chatillo, que me lo dejé con trece años,
y viene a verme a la cárcel;
mis ojos, relucientes,
y aquel ansia de mirar
a aquel que creció
y lo veía de militar.
Las piernas me temblaban,
se me iba el conocimiento y desvariaba;
tal fue mi impresión,
mi emoción,
mi alegría,
que en un desvarío,
“¡no me hables!”, le decía.
“¡Qué pena, Jesús mío!
¿qué digo?
Sí, háblame, hijo mío,
pero no me cuentes penas.
Ya sé que te fuiste voluntario
al servicio militar,
por no tener quien te cuidara
de una leve enfermedad;
pero necesitabas cuidarte,
si no, la enfermedad iría a más,
y mira, ¡qué hermoso que estás!
La hermana Carmelita,
al verme tan emocionada,
me dijo, “da la vuelta,
y ven al pasillo,
para dar a tu hermano un abrazo”.

Y así lo hice;
¡qué alegría después de tantos años!;
le tocaba el pecho,
la espalda, los brazos,
y ¡qué sé yo lo que hacía!
Si esto no nos lo explicamos
todo el ser humano,
y mientras, le decía,
“cuídate, querido hermano;
ya verás, que pronto salgo.
Ya estaré yo en casa,
para cuando vengas licenciado”.
En esta cinta queda grabado,
para que sepan los venideros
lo que sufrimos en esta España de Franco.
A la semana siguiente,
me llaman a comunicar;
era comunicación especial
con mi hermano Sigerico.
Éste se perdía pocas comunicaciones,
¡y bien pocas que se perdía!
Porque recuerdo que le sacaba
bacalao a la vizcaína,
¡qué rico que le estaba!
Y yo, en la reja cogida,
cómo disfrutaba.
Aquella madre que desde pequeña fui para ellos,
y todo se me hacía poco.
Ya, en los días de mi encierro,
todos mis pensamientos
eran para ellos,
hacía unos pañitos,
y los vendía,
y, alguna vez, cuando cobraba,
a ellos que estaba en la mili,
un giro que les mandaba.
¡qué lástima, un giro de diez pesetas!;
pero me quedaba tranquila;
Lo mismo que una madre,
cuando por amparar a sus hijos

de todo se quita.
Por eso, hay hermanos que se quieren mucho,
pero, como los que nos criamos sin madre,
no nos superan ninguno.
En fin, después de una larga comunicación,
me dijo a lo que venía,
“vengo a decirte que me caso,
dentro de quince días;
quería esperarme a que salieras,
pero ya ves, hermana mía,
tienes treinta años de condena;
si supiéramos que salías,
me esperaría otro poco”.
“Tú no te preocupes”, le dije,
“no hay más, que seguirle a la vida;
yo lo que quiero,
es que vengas a darme tu despedida,
y mientras, ya pensaré
qué te regala desde su encierro
tu *madrecilla*.
Has de llevar prendas nuevas,
que no se note que no hay madre”.
A la semana siguiente,
se presenta a despedirse;
le saqué su camisa,
su corbata, calzoncillos
y calcetines,
y un abrazo muy fuerte, y le dije,
“que seáis muy felices.
Adiós, hermano mío,
que sea mi enhorabuena,
y pídele mucho a Dios,
que no me falte a esta reja”.
Me fui a mi petate,
yo no comí ese día,
tenía muchas ganas de llorar,
pero estaba distraída;
quería estar sola,
me fui a la capilla;
allí encontré un refugio muy hermoso;

yo no sé a qué santo le pedí,
por mi ansiada libertad,
sería porque ya pedía justicia.
Ya se iban a cumplir ocho años allí metida,
con mis ojos puestos en el Altísimo,
pidiendo de corazón,
que yo viera de casarse a mi hermano,
que para mí, era como un hijo,
y yo les hacía mucha falta.
El venirme aquí a Madrid,
para estar más cerca de mi casa,
fue peor para mis nervios,
porque veía a los míos,
los abrazaba, los despedía,
y después, me quedaba en una clínica psiquiátrica.
Allí era donde mi juventud decaía,
por no tener ese espíritu, y esa valentía;
y cuando se excitaba una enferma
te faltaba valor y fuerza para sujetarla.
Allí carecíamos de medios,
y no estaba esa clínica preparada;
les daban ataques a las enfermas,
y teníamos que atarlas con un cinturón.
La camisa de fuerza era una camisa de lona;
se la poníamos como podíamos,
mientras unas sujetaban las manos,
otras las piernas y la cabeza,
y otras, como podíamos,
encima de ellas,
porque tenían tanta fuerza
que la cama la subían para arriba,
y después venía la hermana,
a ponerle la trementina,
para calmarles los nervios
para una temporadilla.
Y así, con ese ambiente,
cada día que pasaba, estaba más afligida;
teníamos mucha libertad
y mucha comida,
pero, ¿y el humor de tu juventud?,

¿dónde lo tenías?
¡qué cosa tan hermosa era la libertad
en lo mejor de tu vida!
A mí se me contagiaron aquellos gritos
y a veces gritaba llorando a mi padre,
“¡Sigerico, Felipe, Paco!”,
y salía la madre por la terraza,
y me gritaba,
“pero, ¿qué te pasa?”, me decía,
y yo le contestaba, “madre, por una más,
déjeme que nombre a gritos a mi familia,
¡me siento tan feliz!”
“Pero no hagas eso chiquilla”.
Es que ya se apoderaban de mí los nervios.

El final de mi cautiverio

Al fin, ¡qué felicidad!
¡qué alegría tan grande!
El día veintiocho del mismo mes.
San Pedro me abría
las puertas de la cárcel,
faltaban cinco días
para mi hermano casarse.
El día veintiocho víspera de un hermoso día,
a las dos de la tarde, toda la clínica dormía,
tan solo en la sala número siete
que se excitaron dos enfermitas,
donde las que estábamos buenas,
corríamos a su ayuda.
En el silencio de la siesta,
cuando se oye en el patio
una voz muy descompuesta;
¿dónde están Jesusa y Fulgen
que las llama la madre
que a mí me ha parecido oír

que se marchan a la calle.
Y así fue, subimos al piso de las monjas,
donde estaban todas en el despacho con la madre.
yo al pasar noté en sus rostros,
una cosa anormal
pero en tan pocos segundos,
no podía adivinar,
pero sí veía que mi corazón
me palpitaba.
Se acerca la madre superiora a nosotras,
nos abraza y yo pensé
si sería mi destierro
empezaba a ponerme mal
y ya vimos una sonrisa,
se formó un jubileo,
la madre nos abraza,
le da un papel a Jesusa,
yo veo que lo lee, y cae al suelo;
la pobre se desmaya
y yo me quedo inmóvil,
sin moverme del sitio en el que estaba,
oía a la madre decir,
“pero que os vais, chiquillas”
yo parecía que no estaba en la clínica.
Me veía en un mundo nuevo,
no veía ni a las monjas. Ni a nadie,
ni a Jesusa en el suelo.
Me lo decían pero mi cerebro
en unos instantes,
se me fue a un mundo nuevo,
aquel mundo que me robaron
ya camino de ocho años,
entonces es cuando pensaba
y todo me parecía
que todo lo que había visto,
todo, había sido un sueño.
Nuestras chicas se entran,
suben al despacho corriendo,
todas decían lo mismo,
“¡no nos lo creemos!,

¿qué se va la alegría de la clínica?
¡Madre! ¿y nosotras qué hacemos?
Yo me rehacía al ver la alegría
y la pena de mis chicas
entonces les dije bien lo recuerdo,
"me marchó a mi casa,
pero jamás olvidaré vuestro recuerdo,
os prometo compañeras
que vendré a veros, si estáis aquí,
el día de mi boda".
Y yo en mi locura de libertad,
quería llevármelas a todas,
les prometí y así lo hice,
por verlas a ellas,
el día de nuestra boda.
"Fulgen", decían mis compañeras
¿harás eso?
Y les prometí diciendo
que muy cambiada tenía
yo que estar,
para no cumplir aquello.
Ya nos llamaron afirmar
nuestra hermosa libertad.
¡qué firma aquella!
Donde tantas firmas
tenías echadas
para sufrir tu condena,
pero, ¡qué firma tan hermosa aquella!
Ya era la última,
la que te dejaba limpia de tu condena,
después de aquella firma,
ya eras de la calle.
Ya no podías pasar más
a aquel patio tan grande,
tan lleno de recuerdos,
ni hablas con tus chicas,
ya era una expresa,
ya como una de tantas,
si querías verlas,
tenía que ser por la reja.

¡Qué momentos tan malos,
y tan buenos para el preso!".
Fulgen, me dicen mis compañeras
ya tienes el petate hecho
y ya tienes todo recogido
pero, si quieres, nos dejas esto;
era la carpeta de escribir
para dejarles recuerdos,
no quiero llevarme nada
para vosotras todo os dejo,
sólo me llevo ese amor tan grande
y el mérito que tenemos los presos.
Ya entre besos, lágrimas y alegrías,
nos damos ese abrazo fraternal
que es el de la despedida,
un abrazo que no se puede explicar,
donde tantos nos teníamos dados,
pero aquel abrazo, era el abrazo internado
que tuvo la suerte de salir
casi a los ocho años,
como el baúl de los recuerdos
que llevó su día.
"Lo dices pareciéndote un sueño".

El abrazo de la libertad

Sales de prisión, son las cinco de la tarde,
nos recoge Josefina Palmero,
dormimos en su casa
yo llevo en mis manos un bolso pequeño
que las monjas me han dado
y llevo un pasaporte, mi cartilla de redención,
un indulto firmado,
me fijo en las chicas cómo van andando,
nos sentimos extrañas en la calle,
creemos que nos miran,

no podemos seguir andando,
las piernas se nos lían,
se nos han olvidado
los pasos de andar por la calle
y nos vemos tan obligadas,
que cogemos un taxi.
Ponemos un telegrama a mi padre y a José
que estábamos en libertad.
Llegamos a su casa, cenamos
y como si fuéramos niños ,
pedimos de acostarnos,
no para dormir, es que
ya los cuerpos los teníamos cansados.
Yo no dormí en toda la noche
ansiendo el que llegara el día,
desayunamos, Mari nos lleva a la estación
para ver si viene alguien.
Ya llega el tren,
conforme se va bajando la gente,
no veo a nadie, no hay personas,
sólo veo bultos,
que van de un lado para otro.
Pero llega el momento,
me tapan los ojos, me abrazan,
y sigo viendo bultos,
son unos instantes,
unos segundos:
era mi hermano Sigerico
acompañado de mi José,
mi novio, que en tantos años
en sus cartas y en todo,
pasó como hermano.
Ellos se quedan extrañados
de ver a aquel cuerpo tan parado,
fueron unos instantes cruzados
en un mundo nuevo.
Y ya me dieron un abrazo,
un abrazo, aquel abrazo que no sabe dar
nadie nada más que el preso liberado.
Liberado de redención por su trabajo,

liberado de muchas vicisitudes pasadas
en casi ocho años ,
que si escribiera todo lo bueno y lo malo,
no tendría suficiente papel ni tinta para contarlo.

El caminar de los años no borra los recuerdos

Pero estoy contenta de haber cumplido
después todas mis promesas.
Nos casamos a los cuatro meses
de salir en libertad,
el dieciocho de octubre de 1947.
La providencia justa,
nos dio dos buenos hijos.
Después, cumplí todas mis promesas:
el día de nuestra boda
la pasé charlando en la cárcel
junto con mis compañeras
y junto a aquella madre Sor Elisea
que para los presos fue tan buena.
Escribí muchos años después
a las Hijas de la Caridad
Sor Laura, Sor Francisca, Sor Ausencia,
hasta que Dios dispuso de ellas.
Me escribo también
con algunas hermanas más de cautiverio.
Hasta que la muerte nos lleve al cementerio;
allí consumirá la tierra, todos nuestros recuerdos,
allí será donde termine el diario de mis recuerdos,
allí no se siente nada, todo está ancho, todo está estrecho
pero sí una luz misteriosa, por la noche.
Alumbrará tu lecho;
lucécitas que salen de tu inerte cuerpo,
hasta que ya te quedes,
en tu feo esqueleto.
Pero, qué más gloria
que haber sufrido tanto

cuando estabas despierto
y que se trague la tierra,
todos tus recuerdos:
¡Qué dulce sueño!
Y mientras dormimos
el eterno sueño,
quedan escritos en el mundo
muchos recuerdos
que unos a otros
nos vamos leyendo
y la palabra de todos es:
“¡qué descansando se quedan los muertos!”.

Un diario abierto

Me gustaría al morir, si tengo dinero,
hacerme un panteón claro está “en el cementerio”,
con una puerta cerrada como un preso
y con un ramo de flores y un diario abierto;
este diario tan limpio, sin robos, sin muertos,
pero si procesada por unos versos
que los hizo después de la guerra un preso,
condenado a pena de muerte por defender al obrero
y salió aquel verso a la calle
y unas chicas, los íbamos leyendo,
por esto fue mi condena,
por esto fue mi proceso.
Condenada a pena de muerte
y casi a los ocho años,
nos alcanzó un decreto,
y nos dio la vida
y después la muerte;
y nos juzgará a todos
un Dios omnipotente,
con esa esperanza,
vivimos todos los nacientes de esta vida,
si habrá en el más allá,

otra que nos haga justicia,
por lo malos que somos en esta vida.
Llevo tres cosas desde que nací en mi corazón
que muero sin verlas, que son:
PAZ, JUSTICIA Y AMOR.

Tras una vida rodeada de los suyos, falleció el 23 de septiembre del 2007, y fue enterrada el 24, festividad de la Merced, día de los presos, un día tan especial que dejó en ella una huella imborrable.

Se fue arropada por un manto de rosas rojas, como era su deseo y las dulces melodías de su querida sobrina.

Tal vez este día pudo abrazar de nuevo a sus seres queridos y a sus añoradas compañeras.

Y la libertad que en vida le fue robada por fin le fue devuelta.

COPLAS

Esta coplilla, las escribieron en la cárcel entre todas “las chicas de las coplas”, la tenían preparada para el día en que por fin les dirán la libertad y soñaban cantándola todas las noches sentadas en su petate.

Caminito de su Alcázar
van las presas las “Corts”,
todas juntas muy contentas
comparten sus alegrías
camino de la estación.

Al llegar a Zaragoza
éstas se quieren bajar
porque hicieron la promesa
a los presos visitar.

¡Bájate Fulgencia que a mí me da mucho miedo
y dile a ese jefe, que se espere el fogonero
¡oiga maquinista!, ¡pronto y por favor!
¿Ha visto a mi Eusebio al venir a la estación?

Yo no he visto a tu hermano
sólo al padre de Jesusa
que iba con un paquete
con chorizo y con merluza.

Ya vamos corriendo camino de nuestro Alcázar,
vemos los molinos
y el parque de Sancho Panza.

Todas las familias esperan en la estación
a esta “reclusitas” que vienen de la prisión.

Mira, mira la Fulgencia,
la Jesusa y la Paquita
vienen hechas unas mozas.
¿Dónde está la Virtudillas?

Como es tan pequeñita
y tiene tan poca voz,
el público se creía
que se quedó en la prisión.

Esta es otra canción que le dio una compañera cuando mataron a su esposo.

Mujer que adoro, cuánto lo siento
el no poderte abrazar más
pronto terminaré mi triste vida
y para siempre seguirá mi amor.
Sé que me quieres con toda el alma
porque me has dado todo tu amor,
pero las leyes no separaron
sólo te pido resignación.

Lloro, porque siendo yo inocente,
me condenaron a muerte
por rebelión militar.
Quiero que lo sepas claramente
que llevo alta la frente
y que a nadie le hice mal.
Cuando el piquete me esté apuntando
yo, tu retrato lo besaré
y una vez manden "rompan a fuego"
yo con mi sangre lo bañaré.

Lloro, porque todo ha terminado
por salvarme, tu honra has dado
no lo niegues, ya lo sé...
Lloro porque has venido a mi pecho
y a pesar de lo que has hecho,
yo una noche moriré.

ÍNDICE

Mi infancia	9
Las chicas de las coplas	11
Madrid: una noche interminable	19
Tarragona: la más duro de mi condena	20
II. A quienes no vieron la libertad	23
III. Un soplo de de esperanza	27
Barcelona: al fin, amor, cariño y humildad	30
II. Qué sola sin mis chicas	32
Madrid: más cerca de los míos	33
En final de mi cautiverio	39
El abrazo de la libertad	42
El paso de los años no borra los recuerdos	44
Un diario abierto	45
Coplas	47-48

Esta publicación se terminó de imprimir
el 14 de abril de 2011
en conmemoración
del 80 Aniversario
de la proclamación de la
Segunda República Española.